

Boetos provincianos

SEÑOR PEDRO

Son las once de la noche, de una noche excesivamente fría. Sopla un viento norte que ha congelado el agua regada en las calles. El barrio está triste, desierto y oscuro; apenas si en el cuchitril donde el señor Pedro tiene su mugriento banco y sus viejas y mohosas herramientas de carpintería, parpadea como un ojo de lechuza moribunda la rojiza flama de su vela de sebo que traza sobre el húmedo empedrado un tembloroso trapecio de luz espectral.

De intento he apagado la de mi lámpara, y á través de los helados cristales de mi ventana, espío lo que á tales horas puede hacer el pobre anciano. Me interesa en demasía ese hombre que desde el amanecer ya está ase-rrando, clavando, acepillando, envuelto siempre en su gruesa bufanda, con sus anteojos verdes que le dan aspecto extravagante.

Asombra la constancia de ese tipo del obrero incansable, luchador, firme en la diaria brega. Lo admiro y lo quiero. Cuando él pasa renqueando á mi lado, con sus piés deformados por enormes juanetes, alto y venerable, se descubre respetuosamente y me dirige un cariñoso saludo:

—Buenos días le dé Dios á su *mercé*.

—Buenos días, señor Pedro, ¿cómo está de males?

—Peor, niño, peor. Este dolor de espalda que no me deja ni resollar. . . .

—Pues no trabaje Ud. tanto, señor Pedro: ya es tiempo de que descanse.

—¡Esa sí! Pero entonces que traga la criatura? Cuando uno es pobre hay que darle duro y duro al trabajo. ¿Me voy á estar cruzado de brazos sin hacer nada? No, niño. ¡Para eso me ha dado Dios estos brazos. Así como me ve de enfermo, todavía puedo coger los fierros. *Pos* qué quería! Que mi hija se eche á la perdición para mantenerme!

No señor, ni *ora* ni nunca! Honrado nací y honrada ha de ser la muchachona. No faltaba más, que ella me mantuviera como á tantos *sinvergüenzas* que conozco: mi compadre Manuel, sin ir más lejos. . . . No le arde la cara al *curtido*. . . .

Muge en su pecho una sincera indignación y se aleja tosiendo, cargando con visible esfuerzo alguna obra concluida que lleva á entregar.

Existe un estrecho lazo que liga nuestras almas. Mientras mi pluma garabatea y mi cerebro trabaja por ideales de redención, la sierra del estóico carpintero canta las triunfales estrofas del Trabajo bendecido. Nos comprendemos. Debemos marchar unidos hacia el glorificador mañana. Somos hermanos.

Ahora lo ves ahí todavía empuñando con sus dedos engarabitados y rugosos, semejantes á tronchos de sarmiento, la ruda escofina que muerde el alma madero como la envidia al talento. ¡Sólo que hoy me parece más demacrado, más grave. Tose de continuo con tos prolongada, ríspida y seca, como si vaciaran un costal de huesos, asfixiándose, respirando con ruido parecido al siniestro aleteo de un zopilote que emprende el vuelo.

Desde esta mañana está ahí, calenturiento, cadavérico,

de cada vez más enfermo, pero tenazmente encorvado sobre aquel tosco palo que sus manos temblorosas y débiles no pueden pulir ya. ¡Qué energía la suya! Dos veces ha llegado la bella Teresa á llevarle tazas de un hierbajo cálliente que él se ha bebido á fuerza, refunfuñando.

—Ya no trabajes, abuelito, mira qué malo estás. . . . Ven á acostarte; si no vienes ya no te quiero. . . .

—Voy, voy, —gruñe el viejo con voz sórdida que silba lúgubrementemente.

La afligida niña quiere quedarse en el taller, pero señor Pedro se opone; aquella pécima le calmará el agudísimo dolor que le apuñalear los pulmones. El, un hombre, ceder al dolor, ¡nunca! El doctor que le recetó, es un imbécil; no sabe nada: por sacarle el peso de la visita, dijo que era necesario hacer cama. . . . Estos *curros* todo lo exageran. Como ellos están tan flacuchos y podridos, ya quieren que él también lo esté. . . .

—Vete, vete á echar. No tengo nada. . . . es cualquier cosa ¡vete! ¿Para qué *girimiqueas*?

Ella se va, y él únicamente abandona su pesada labor para expectorar cuando lo acomete el implacable acceso arrojando esputos de color de café claro. Entonces congestiónase su desencajado rostro de pergamino, y de amarillento se cambia en cárdeno, luego rojizo, inyectado, como si á reventársese fueran las venas de su frente aureolada por inviolado armíño. Se lleva las manos al pecho, se lo desgarrá desesperadamente, arafiando con sus largas uñas negras las nudosidades condro-esternales; vacilan sus arqueadas piernas, tambaléase y por fia cae sobre el ocrizo aserrín y las encarrujadas acepilladuras que alfombran el cuartucho. Pero pasa la tremenda crisis y ¡cosa increíble! el indomable viejo se yergue dificultosamente, mascusa un rezo, se signa con devoción, cállase las gafas ya rotas, y emprende otra vez la interrumpida tarea. ¡El veterano! . . .

Y entretanto el cierzo invernal aúlla como un fatídico perro que olfateaba la gangrena de la Muerte...

Mas por qué se empeña, grave como está, en terminar su labor? ¡Ah! es que señor Pedro es muy cumplido. Prometió entregarla mañana y la entregará: jamás ha faltado á su palabra. En ese honrado taller santificado por el Trabajo y la Virtud, nunca se han ocultado los demonios del alcohol y de la mentira. La entregará aún cuando en ello le vaya la vida. He aquí por qué mientras en la paz de la noche todos duermen, él, el obrero heroico é infatigable, prosigue limando, limando.

Allá en la esquina, bajo el foco de luz incandescente, tiritita el gendarme, acurrucado cerca de su linterna.

De vez en cuando escúchase el sonoro taconeo de algún trasnochader y el toque lento de los relojes públicos. Resoplan las locomotoras allá lejos, llenando el espacio con sus rugidos estruendosos, con sus maullidos de gatos apocalípticos y negros. Y el pobre anciano tose, tose hasta crispar mis nervios.....

No puedo sufrirlo más: me retiro, y ya voy á recogerme cuando escucho un grito, uno sólo, rápido, desgarrador, de cuerda que se revienta, de león herido mortalmente, crujido de encina que abate el omnipotente rayo..... ¿Qué ha sido? Oigo pasos precipitados que se acercan; abro: es el guardián que llega al taller:

—¡Señor Pedro! ¡señor Pedro!

Nada!

Miro: ahí yace el infeliz anciano, muerto, retorcido como el tronco de un correoso manzanillo, caído sobre la ociza alfombra de aserrín y encarrujadas acepilladuras que tapiza su santuario, arrojando coágulos de sangre negra por entre los labios lívidos, fulminado al pie de su trunco mueble como un artillero al pie del cañón, empuñando todavía el instrumento que sostenía á su nietecita,

la pelirubia parlera de ojos color de fe que desde ahora quedará sola para siempre, y que profundamente dormida, sueña en lo que el malvado carroceros de la esquina le propuso.....

Y entretanto el cierzo invernal aúlla como un fatídico perro que olfatea la gangrena de la Muerte.

EL
Corpus de Maximino

"Las gentes se revuelven, trabajan . . . viven.
Y luego ¡nada! mueren. ¿Qué significa eso?"

Máximo Gorki.